

LAS QUIMERAS DE LOS CONQUISTADORES

SALOMON CARRILLO RAMIREZ

Historiador Guatemalteco

LOS CREADORES DE UTOPIAS

La Edad de Oro —Fue en el reinado de Zeruán, Saturno, Savitar o Cronos. Los hombres por instinto rendían culto a la rectitud y a la honradez. No había jueces, leyes, ni penas. Todos estaban seguros y tranquilos: el oro no subyugaba los ánimos. Todos los metales preciosos yacían en la tierra. Los terrenos no se medían, ninguna piedra marcaba fronteras. La tierra daba a sus hijos sus mejores frutos, sin pedirles trabajo, las ovejas y las cabras cedían sus repletas ubres, el uso de armas era desconocido, la gente en dulce holganza, vivía segura, sin ejércitos.

En perpetua primavera el céfiro acariciaba suavemente las frescas flores, nacidas sin cuidados; la miel corría a raudales y el néctar y la leche formaban ríos, siendo común su uso a todo mortal.

No me atrevo a afirmar que existió aquella Edad de Oro, que tanta ha cantado la poesía y ojalá que los nuevos Champolliones la descubran en sus investigaciones. Falta mucho por descubrir y descifrar, en donde se conocía la ciencia y en donde existía sepultada la historia fiel de los tiempos primitivos. Así esa Edad venturosa, que cantó el estro de Publio y Virgilio Marón, el insigne poeta mantuano, puede aparecer comprobada por el jeroglífico y por los buzos científicos, que, como Luis Jacolliot, dedican su vida al dulce martirio de la investigación.

Ya la eminente escritora Petrona Blavastky, en su obra "Isis sin Velo", predice que llegará no tarde el día en que la ciencia oculta patentice y se conozcan así todas las bellezas de la antigüedad.

En la colección de cuentos denominada "Las Mil y Una Noches", encontramos la relación de la fuente de oro, el pájaro que habla y el árbol que canta y que para obtener estos tesoros, dos Príncipes y una Princesa, todos hermanos, se lanzaron en busca de la tierra encantada, aguijoneados por el deseo de poseer tan raros tesoros. Los dos primeros perecieron en la demanda por poco previsores y no haber cumplido fielmente con las instrucciones que al efecto les fueran reveladas para salir airoso en la empresa; habiendo por último triunfado la Princesa más afortunada que sus desventurados hermanos, que en castigo de su audacia habían sido convertidos en piedras.

La obra de Platón "La República", ha sido tildada de utópica.

Pero el que llevó la fantasía a su más alto grado fué Tomás Moro y con él una serie de imitadores de sus obras. Moro se imaginó una isla que denominó "Utopía", de donde vino el nombre de utopistas, que se les dió a todos los escritores que le sucedieron. La isla tiene la forma de una media luna, cuyos cuernos son azotados por el mar, el líquido elemento, resguardado

de los vientos, forma un lago tranquilo y un cómodo puerto. En la isla hay cincuenta y cuatro ciudades, equidistantes un día de camino, la capital está en el centro de la isla y se llama Amaurato; la agricultura es la principal ocupación de los habitantes, los que tienen todo en común. Están gobernados por un Senado y un magistrado, elegidos por cada treinta familias, al que se llama Sigogranto. Cada diez Sigograntos tienen como jefe otro denominado Tranibaio. Los utopenses detestan la guerra y consideran bochornosa la gloria obtenida por medio de las armas. En la tierra Utopía la religión es libre, sin embargo sus habitantes adoran al Sol, la Luna y las estrellas; hay quienes veneran como dios a un mortal virtuoso; pero la mayor parte piensa que hay una divinidad oculta y absoluta, un hacedor al que llaman "Mytra".

Tomás Moro fué un gran pensador, su obra fué impresa en Lovanio en 1516, es decir, en la época de los descubrimientos del Nuevo Mundo; sin embargo, su obra fué tildada de herética por la intolerancia, y víctima de sus ideas difundidas se le llevó al patíbulo en 1535.

Tomás de Campanella, discípulo de Moro y que pasó la mayor parte de su vida en un calabozo, escribió su obra la "Ciudad del Sol", la cual estaba construida sobre un monte que dominaba una extensa llanura.

Valentín de Andrae, inspirado en la obra de Campanella, escribió en 1616, "La República Cristiana Universal"; Luis Blanc la "Organización del Trabajo".

Francisco Bacon, escribió "La Nueva Atlántida", la gran isla feliz, entre cuyas instituciones figura una Universidad; Saint Simón, "El Estado-Iglesia"; Harrington escribió, "La Oceanía", que es la idea clara de la República, tal como se entendió doscientos años después.

Varaise imaginó una tierra utópica en su Historia de los Severambos, con reminiscencias de Moro y del monje Campanella; Prudhon su "Mutualismo".

"El Reino de Ofir", o país del oro, es obra anónima del siglo XVII, y principios del XVIII, de autor desconocido, atribuido a alemanes de gran talento.

Luis Holberg concibió "El Reino de Potú", situado en el interior del planeta. Doni escribió su "Mundos Celestes e Infernales".

Morelly, en su novela política "Basilada", dejó escrito su Código de la Naturaleza; Bonifacio escribió "La República del Apí"; Leroux, sus "Combinaciones Cabalísticas".

Carlos Fourier escribió su "Falansterio"; Esteban Cabet su "Icaria"; Roberto Owen, la "Nueva Armonía"; William Godwin, Carlos Hall, William Thompson, Marx, con su "Evolución Capitalística", son los continuadores de los ideales de la tierra Utopía.

Cuando Cristóbal Colón, en el año de 1492, arribó a Guananí, creyó haber llegado a tierras fantásticas, a

la isla de Cuba le puso tierra de Alfa y Omega, porque creyó que allí terminaba y principiaba el mundo, a la Española le puso Ofir, por alusión a la obra de este nombre en donde se habla de la tierra de Ofir, tierra que se suponía cerca de la Cipango de Marco Polo, o de Catay

Cuando en el siglo XVI un puñado de aventureros españoles se lanzaron a sojuzgar el Nuevo Mundo, fueron ilusionados por seis grandes quimeras, que fueron el incentivo, que los hizo lanzarse rumbo a todas partes, aguijoneados por la sed de oro; estas quimeras fueron las siguientes:

1º—La fuente rejuvenecedora de La Florida.

2º—Las siete ciudades de Cibola y el reino de Quivira

3º—La provincia de Omagua o sea la tierra de "El Dorado", en donde estaba el lago famoso y la Casa del Sol.

4º—El país de las Amazonas, las mujeres fabulosas, que existían contiguas a la región de "El Dorado".

5º—La provincia fabulosa o sea "La Meta de Ormuz"

6º—Los dominios del reino Blanco, la Sierra de Plata y la tierra de los Césares

Exponer estas quimeras que dominaron el alma de los conquistadores, es el propósito que nos anima al bosquejar el siguiente estudio:

LA FUENTE DE LA ETERNA JUVENTUD, DE FLORIDA

Parece increíble que la península de Yucatán, la parte del Nuevo Mundo en donde hay más vestigios de una civilización autóctona que dejara la raza maya, no haya merecido toda la atención que debía de parte de los denodados exploradores del siglo XVI. En tanto que La Florida, península poblada de tribus en estado salvaje, sin palacios ni ruinas, que fuesen dignos de admiración, solicitaban la atención de los españoles que poblaban las Antillas, al grado de singularizarse el país por el poder mágico de una leyenda. La Florida por un azar subjetivo, fué la tierra del agua de Juvencio.

El célebre inglés Mandeville, viajero imaginario, habla de este modo: "Junto a una selva estaba la ciudad de Polombe, y junto a esta ciudad una montaña, de la que toma su nombre la ciudad. Al pie de la montaña hay una gran fuente, noble y hermosa; el sabor del agua es dulce y oloroso, como si lo formaran diversas maneras de especiería. El agua cambia con las horas del día; es otro su sabor y otro su olor. El que bebe de esa agua en cantidad suficiente, sana de sus enfermedades, ya no se enferma y es joven para siempre. Yo, Juan de Mandeville, vi esa fuente y bebí tres veces de esa agua de mis compañeros, y desde que bebí, me siento bien, y supongo que así estaré hasta que Dios disponga llevarme de esta vida mortal. Algunos llaman a esa fuente "Fons Juventutis", pues los que beben de ella son siempre jóvenes". (Roxburg: Libro de Mandeville)

Esta fuente de Juvencio, traída del relato medioeval de Mandeville, y trasladada a las tierras descubiertas por Colón, se hallaba, según escribió Pedro de Mártir en Brimini, al Norte de la Isla Española. Este escritor se produce así: "A trescientas veinticinco leguas de la Española, cuentan que hay una isla, los que la explora-

ron en el interior, que se llama Boyuca o Ananeo, la cual tiene una fuente tan notable que bebiendo de su agua se rejuvenecen los viejos. Y no piense vuestra beatitud que digan esto de burla o con ligereza. Tan formalmente se han atrevido a extender esto por toda la corte, que lo tiene por verdad, no sólo el pueblo, sino que alguno de los que se han elevado a causa de su virtud o de los que ocupan lugar de rango por su fortuna".

Pero hay otro pasaje en la obra de Mártir en el que la fuente mágica ya no está en la isla de Boyuca o Ananeo, sino en La Florida

"En mis primeras décadas, dice, que corren impresas por el mundo, se dió noticia de una fuente dotada de tal virtud oculta, según se dice, que usando su agua bebida o en baños, hace rejuvenecer a los ancianos. Apoyándome yo en el ejemplo de Plinio o de Aristóteles, me atrevere a consignar por escrito lo que no vacilan en afirmar de viva voz hombres de gran autoridad". Estos "declaran unánimemente que han oído la historia de la fuente que restaura el vigor y creyeron, en parte, a los que contaban esa historia. Dicen que ellos no lo vieron ni lo comprobaron con la experiencia, porque los habitantes de aquella tierra florida tienen las garras muy afiladas y son acérrimos defensores de sus derechos. No quieren huéspedes, y menos cuando estos pretenden quitarles su libertad. Pasando en flotas desde la Española, y con viaje más corto desde Cuba, se propusieron varias veces los españoles sojuzgar a aquellos indígenas, y establecerse en sus tierras; pero cuantas veces acometieron la empresa, otras tantas fueron rechazadas, derrotados y muertos, pues aun cuando los naturales andan desnudos, pelean con armas arrojadas y con flechas envenenadas. De estos milagros de la fuente citó el dean un caso. Tiene de criado a un yucayo que se llama Andrés Barbudo, porque entre los de su raza, que todos son imberbes, él es barbado. Dícese que fué engendrado por un hombre muy viejo. Este, atraído por la fama de aquella fuente, y por el anhelo de alargar la vida, quiso ir desde su isla natal, como los nuestros van de Roma o de Nápoles a los baños Puteoli, para recuperar la salud perdida. Y, hechos los preparativos marchó a tomar las aguas de la desecada fuente; fue, en efecto; se bañó y bebió del agua muchos días, haciendo todo cuanto le aconsejaban los del balneario, y se cuenta que llegó a su casa con fuerzas viriles. Se casó otra vez, y tuvo hijos..." Pedro de Mártir desde luego no cree una palabra de lo que al respecto escribieron los historiadores de Indias, y si lo cuenta es porque lo atraen las narraciones folklóricas que toman bajo su pluma el encanto de la belleza literaria.

II

Oviedo, hombre de juicio y testigo directo, que no escribe para distraer a Papas y Cardenales, sino que para construir monumentos científicos, cuenta las cosas de otro modo. "En 1512, Juan Ponce de León, equipó dos caravelas y se dirigió al rumbo Norte, habiendo descubierto en la parte septentrional de la Isla Fernandina, las islas de Bimini. Entonces se divulgó la fábula de la fuente que a los viejos los hacía tornarse mancebos. Esto fué tan divulgado y constatado por los indios, dice el autor de la "Historia General y Natural de las Indias", que el Capitán Juan Ponce de León, su gente y sus caravelas que se proponían encontrar la fuente, an-

duvieron perdidos por seis meses; lo cual fué gran buila para los indios y mayor desvarío para los cristianos creerlo y gastar tiempo en buscar la codiciada fuente Pero tuvo noticia de la Tierra Firme que descubrió y puso nombre a una parte que entra en el mar, como una manga, por espacio de cien leguas de longitud y cincuenta de latitud, y llamola La Florida''

Ponce de León había sido compañero de Colón en el segundo viaje y fué el conquistador de Puerto Rico, obtuvo permiso del Rey Fernando para la conquista de Bimini, salió de Puerto Rico en marzo de 1513, y el 27, día de la Pascua Florida, vió la costa a la que puso este nombre y que conseiva todavía El 2 de abril desembarcó en un punto muy lejano de la ciudad de San Agustín Retirocedió y siguió la costa de La Florida hasta el paralelo 27° 30' En 1521 volvió a reanudar por segunda vez sus exploraciones y fundó una colonia; pero atacado por los naturales tuvo que retirarse, y se embarcó para Cuba en donde murió a consecuencia de un flechazo

Otros de los exploradores que se dirigieron a la búsqueda de la fuente de la juventud eterna fué Diego de Camargo, en 1518, y en 1517 Francisco Hernández de Córdova, quien visitó la Isla de Mujeres, el Cabo Catoche, la costa de Campeche y la hostilidad de los naturales lo hizo dirigirse a La Florida, de donde regresó a Cuba; Juan de Grijalva tuvo también la preocupación de la misma fuente, pero solo llegó a las costas de México y descubrió un río al que puso su nombre Otro explorador fue Alfonso de Pineda, que siguió toda la costa de La Florida, hasta encontrar en Tampico a los compañeros de Cortés, Pineda tomó luego en sentido contrario la ruta que acaba de andar y buscando la fuente descubrió las bocas del Misissipi, y le puso río del Espíritu Santo

III

Esteban Gómez, el desertor de Magallanes en el estrecho, recorrió las costas del Labrador hasta La Florida y buscando la fuente, descubrió las desembocaduras de los ríos Connecticut, Hudson y Delaware

En 1529, Pánfilo de Narváez, el vencido de Cortés, intentó penetrar en La Florida por la bahía de Apalache Narváez no se distinguió nunca como hombre previsior, se internó en tierra dejando sus embarcaciones, sin tomar las providencias necesarias para encontrarlas Empleó un mes en recorrer el país y cuando volvió al punto de partida sus buques habían desaparecido. Construyó cinco barcas para refugiarse en Nueva España; pero la fuerte corriente del Misissipi, desbarató dos de ellas pereciendo la tripulación, y las otras continuaron sin poder llegar a tierra española El tesoro de la expedición Alvar Núñez Cabeza de Vaca, uno de los cuatro sobrevivientes en este desastre, hizo después una narración de aquel malhadado viaje, refiere cómo él y sus tres compañeros después de ser esclavos de los indios de la costa cruzaron la Luisiana y llegaron hasta Culiacán, gracias a la fe que inspiraba Cabeza de Vaca en quien las tribus veían un mago de poder infalible

Siete meses después del desastre, en el que había perdido la vida el infortunado Narváez, aquellos cuatro naufragos viajeros se ponían en contacto las imaginations, las noticias llevadas por Vaca, eran confirmatorias de la leyenda que los indios de Nueva Galicia en 1530, habían comunicado a Nuño de Guzmán.

Otro de los exploradores de la fuente misteriosa fué Hernando de Soto, antiguo conquistador de Costa Rica, pero su expedición no fué menos desgraciada Con quinientos hombres y doscientos veintitrés caballos atravesó la bahía de Juan Ponce, hasta Mobila, y la margen occidental del Misissipi, llegó hasta el río Panuco, en donde establecieron contacto con los españoles de Nueva España

Tales fueron los infortunados conquistadores que buscaron con ahinco la fuente de la eterna juventud, habiendo fracasado en sus ilusos propósitos.

LAS SIETE CIUDADES DE CIBOLA

I

Un día por las calles de Madrid pasaba Carlos V en elegante carroza acompañado de séquito esplendoroso; de pronto un hombre arrogante y gallardo, cruzando la media calle detiene el tronco de caballos que tiraban el vehículo

—¿Quién sois?—le preguntó el Emperador asombrado ante aquella enorme audacia y desacato —Soy, contestó el atrevido, el hombre que os ha dado a vos más provincias que ciudades heredásteis de vuestros antepasados Era Hernán Cortés La buena estrella del heroico vencedor de Otumba, uno de los capitanes más valerosos en la empresa gigantesca de la subyugación del Nuevo Mundo había tocado a su ocaso; decepcionado un tanto aquel hombre extraordinario se había retirado a su palacio de Cuernavaca, habiendo firmado durante su permanencia última en Madrid, unas capitulaciones en virtud de las cuales el héroe de la "Noche Triste" se comprometía a hacer descubrimientos en el Occidente, y principalmente la reducción de las islas Molucas, que por este tiempo preocupaban la atención del Monarca español

Para substituir a Cortés en el gobierno del enorme imperio de Anáhuac, se había nombrado a don Antonio de Mendoza en calidad de Virrey, siendo uno de los mandatarios más célebres del siglo XVI. Era un hidalgo castellano, Comendador de Socuéllamos, hijo del segundo Conde de Tendilla y primer Marqués de Mondéjar, don Iñigo López de Mendoza y hermano del escritor español don Diego Hurtado de Mendoza, había contraído nupcias con Catalina Carvajal, dama de Isabel la Católica, circunstancias todas que contribuyeron a abonarlo para llegar al virreinato de Nueva España, que con el del Perú, fueron las colonias más importantes del Nuevo Mundo

Durante el gobierno de Mendoza estaba muy en boga una tradición, se hablaba de las llamadas Siete Ciudades de Cibola, soberbias y suntuosas poblaciones que se decía existían al Norte de México, y que las había fundado un Obispo que en el siglo VII había abandonado España, huyendo de la temida invasión sarracena

Estimulada la codicia del Virrey Mendoza, se decidió a realizar la conquista de las mencionadas ciudades, enviando al efecto a Fray Marcos de Niza, que salió de Culiacán, acompañado del negro Estebanico y algunos indios pimas, bordeó la costa hacia el Yaqui, hasta divisar las aldeas de los indios zuñis en el Estado de Nuevo México Estebanico fué muerto por los indios de las regiones de Cibola en los primeros combates y ante la fuerte resistencia que les opusieron los valientes

indios cibolianos, el padre Niza se vió obligado a renunciar la empresa, contando a su regreso que había logrado ver las siete ciudades de que hablaba la leyenda, ponderando sus bellezas y riquezas, diciendo que el oro abundaba tanto en esas regiones que todos los utensilios de cocina estaban elaborados con el apetecido metal. Los capitales fabulosos hallados en el Perú y en México daban crédito a las fantásticas relaciones de aquel iluso fraile.

Por este tiempo el Virrey Mendoza en virtud de capitulaciones hechas con el Rey de España, se ocupaba de la obra de realizar nuevos descubrimientos por el Oeste, lo cual lo había enemistado con Cortés, ocupado también en la misma empresa; pero las relaciones hechas por fray Marcos de Niza, despertaron en él profundamente la ambición, y ya no pensó en otra cosa que no tuviera relación con la conquista de las ciudades opulentas, cubiertas tras el velo del misterio y la leyenda.

Con tal objeto y después de algunas dificultades con el glorioso Cortés, organizó otra expedición para comprobar la realidad de cuanto se decía, puso al frente del ejército formado de indios y de españoles a Francisco Vázquez Coronado, dicho ejército tuvo que luchar y sufrir muchas dificultades; la ruta desde Culhuacán hasta Cibola, atravesando montañas cubiertas de nieve, puso a prueba el recio temple de aquellas tropas, dignas hermanas de las primeras de la conquista.

Al mismo tiempo que partía el ejército expedicionario de Vázquez Coronado, por tierra, salía otra expedición por mar en tres navíos, a las órdenes de Hernando de Alarcón, rumbo, también, a las siete ciudades soñadas.

Mientras los ejércitos expedicionarios de Alarcón y Vázquez de Coronado se juegan la vida en mar y en tierra en busca de su objetivo, hagamos relación de otros acontecimientos que se refieren al mismo objeto.

II

Corría el año de gracia de 1530, don Pedro de Alvarado, el audaz conquistador de Guatemala y cuya ambición enorme no cabía en el espacio, había vuelto de España con el título de Adelantado, colmado de honores y gloria después del famoso proceso de residencia que le había instruído la Audiencia de México en 1527. En sus capitulaciones suscritas con el Rey se había comprometido a realizar la conquista de las islas Molucas o de la Especiería, pero en vez de hacerlo, cuando la escuadra estaba lista a zarpar, varió de opinión y se dirigió al Perú. En dichas capitulaciones había una cláusula en virtud de la cual el Virrey Mendoza tendría la tercera parte de utilidades en lo que Alvarado descubriera y conquistara. En 1540 organizó Alvarado una segunda expedición a las Molucas. La escuadra lucida de Alvarado estaba anclada en el puerto de Acapulco "con vistosos adornos de estandartes, banderas de cuadrada, flámulas, grímpolas y gallardetes" según la expresión del cronista Fuentes y Guzmán.

Llamábase la capitana "Santiago" en honor del Patrón de España y de la ciudad de Guatemala, había un navío denominado "San Francisco", "Antón Hernández", "Figueroa" y "Alvar Núñez" en honor del desdichado y glorioso Adelantado del Plata. La fuerza expedicionaria se componía de ochocientos cincuenta soldados, doscientos de caballería y el resto de infantería, iba en la expedición gran número de indios guatemaltecos de

servicio y distinguidos jefes del país entre ellos el desventurado Rey Tepepul. La escuadra navegando con buen viento llegó al puerto de la Purificación en la provincia de Jalisco, en donde la escuadra hubo de demorarse algunos días, para carenar los buques, proveerse de agua, víveres y demás vituallas y luego emprender la marcha rumbo a las ignotas regiones del mar del Sur.

Al saber el Virrey Mendoza la salida de la poderosa escuadara de Alvarado concibió el proyecto de proponerle que formaran una compañía y que la expedición fuese a Cibola, de donde se esperaban mayores beneficios, que no de la China o de las islas Molucas, y con tal objeto mandó al puerto de la Purificación con plenos poderes para arreglar el negocio a don Luis de Castilla y al mayordomo del Virrey don Agustín Guerrero.

Alvarado tenía amplia autorización para realizar descubrimientos en el rumbo Oeste, y no tuvo inconveniente en posponer el viaje a las islas Molucas, para ir en busca de las Siete Ciudades que formaban por entonces "El Dorado" de la América Septentrional; pero como nada definitivo pudo arreglar con los emisarios, quiso tratar personalmente el asunto con el Virrey Mendoza.

En efecto, en el pueblo de Tiriipitio, de la encomienda de Juan de Alvarado, se reunieron Alvarado, el Obispo Marroquín, que lo acompañaba, el Virrey Mendoza y el Oidor Alonso de Maldonado, ex Juez de Residencia de Alvarado, en donde se firmó un convenio que redactaron dos escribanos y firmaron y juraron como caballeros el Virrey y el Adelantado, puesta la mano sobre la cruz de la Orden de Santiago, con que ambos contratantes y gobernadores estaban investidos, y firmaron como testigos todos los presentes al acto, en documento memorable de fecha 29 de noviembre de 1540.

Aquel convenio contenía las ocho cláusulas siguientes:

1º—El Virrey daba al Adelantado la quinta parte de los aprovechamientos que hasta el día de la fecha del contrato, hubiesen producido las expediciones de Francisco Vázquez Coronado y Hernando de Alarcón.

2º—Se le asignaba la mitad de los aprovechamientos de lo que en lo sucesivo descubriese y conquistase el mismo Coronado, o cualquier otro capitán, por orden del Virrey.

3º—El Adelantado cedía a Mendoza la mitad de las mercedes que contenía el contrato que había celebrado con el Rey de España, en vez de la tercera a que se refería dicha capitulación.

4º—Ninguno de ambos socios tendría derecho de reclamar indemnización alguna por los gastos de expediciones ya sea por tierra o mar.

5º—Los gastos de la compañía serían por cuenta de ambos socios, por partes iguales.

6º—La sociedad duraría veinte años y en caso de muerte de alguno de ellos, sus derechos se trasmitían a los herederos de ambos. Si alguno de los socios quería enajenar su parte daría previo aviso al otro, para que hiciera uso de su derecho de tanteo.

7º—La carga y descarga de lo relativo a la compañía se haría en el puerto de Acapulco, y el astillero para la construcción de navíos se haría en el puerto de Xiribatique (1) del reino de Guatemala.

(1) No se ha podido determinar cual sea este puerto.

8º.—El Adelantado suministraría pez, alquitrán, jarcia, estopa y velas; el Virrey la clavazón, anclas, cables, botarén y artillería; los gastos de estos artículos estaban a cargo de ambos socios.

Luego Alvarado y Mendoza marcharon a México para el arreglo de otras cuestiones relacionadas con la compañía, lo cual retuvo a Alvarado hasta el mes de mayo del año siguiente de 1541.

En los primeros días de junio de 1541 llegó Alvarado a Nueva Galicia con el objeto de embarcarse con destino a las Siete Ciudades de Cibola, con la imaginación llena de poder, riquezas y gloria, entre tanto su buena estrella eclipsada ya, preparaba el funesto trance en que concluiría su carrera de fortuna, hazañas y gloria.

Los indios sentían muy próximos los tiempos de la conquista para encontrarse sometidos definitivamente. A fines de 1538 los indios de Nueva Galicia se sublevaron al frente del caudillo Coaxicari. Para auxiliar al gobernador de Nueva Galicia acudió el Adelantado de Guatemala don Pedro de Alvarado, que llegó a Guadalajara el 12 de junio de 1541. A pie al frente de sus soldados luchó heroicamente ante las albaradas de Notchistlán, de aquella Provincia, pero el caballo que montaba el escribano Montoya resbaló cuando subían una cuesta cayendo sobre Alvarado al que arrastró, despeñándole, sufriendo el Adelantado serias contusiones que, lo llevaron al sepulcro. En su testamento recomendó a su esposa cumplir estrictamente con la compañía que había formado con el Virrey de México.

III

Entretanto la expedición de Vásquez Coronado, después de vencer las inclemencias del tiempo y de los enemigos, sus penosos esfuerzos no fueron coronados por el éxito, la ciudad de Cibola que encontraron en nada se parecía a la de los relatos de grandezas que habían escuchado y les habían animado a la marcha. En lugar de las soñadas riquezas y de los magníficos esplendores y del oro, vieron una ciudad humilde, con casas de tierra y madera, a las que subía por medio de escaleras de palo que se retiraban en tiempo de guerra. No decayeron sus ánimos ante tan triste realidad y siguieron caminando fundados de nuevo en la leyenda; habían escuchado un nuevo relato fantástico del rey de Quiviría, poseedor de grandes riquezas, y hacia aquel reino se dirigieron atravesando arenosas llanuras; pero una nueva decepción les esperaba. El reino de Quiviría, situado en el centro del actual Kansas, nada tenía que ver con la leyenda, ni las riquezas anunciadas existían. Los expedicionarios retornaron a tierras de México, quedando en las nuevas regiones los franciscanos fray Luis de Padilla, fray Juan de la Cruz y fray Luis de Escalona, que poco tiempo después fueron sacrificados cruelmente por los indígenas.

Aquella expedición había caminado novecientas leguas y costado muchos miles de pesos oro.

La expedición de Alarcón había navegado hacia el Norte varios cientos de leguas y después de haber desembarcado en las costas de la Baja California, se internaron tierra adentro en busca de las codiciadas ciudades, habiendo encontrado la misma población que había visto Vásquez Coronado, por lo que, decepcionado, volvió a tierra mexicana.

Así fué como resultó que la de las "Siete ciudades de Cibola" y sus extraordinarias riquezas era un mito, como puede verse en la carta que Francisco Vásquez de Coronado dirigió al Emperador, dándole cuenta de la expedición a la provincia de Quiviría, y de la inexactitud de lo referido por Marcos de Niza acerca de aquel país. Dicha carta se encuentra entre los documentos inéditos del Archivo de Indias.

Admira que dos hombres como Mendoza y Alvarado tan caracterizados, se tomaran tanto trabajo y fueran a emprender tan crecidos gastos, descansando únicamente en la relación, que después resultó ser falsa de un impostor o engañado viajero. Sólo la sed de oro pudo hacer que Alvarado se enredara en el asunto de las ciudades de Cibola, que de haber seguido su viaje directamente de la Purificación a las Molucas, sin haber ido antes a México, la capital, otra habría sido su suerte y no hubiera encontrado su muerte en los barrancos del peñol de Nichostlán.

Mendoza, sin embargo de las fracasadas expediciones a las tierras de Cibola fué uno de los gobernantes más connotados del siglo XVI: introdujo la imprenta a México en 1536, fundó el colegio de Santiago de Tlatelolco, mejoró las fortificaciones, fomentó la agricultura y la producción, laboró por establecer buenas comunicaciones, llevó a Nueva España muchachas solteras para formar los matrimonios, pacificó varias insurrecciones imponiendo el prestigio de su autoridad, en una gran epidemia que causó numerosas víctimas, puso de manifiesto sus virtudes caritativas y mereció unánimemente el título de "Padre de los pobres". Nombrado Virrey del Perú tuvo la gloria de ser el fundador de la Universidad de San Marcos de Lima.

Tal es la historia de la conquista de las imaginarias ciudades de Cibola que costara tanto dinero y trabajos al Virrey Mendoza, la vida al Adelantado don Pedro de Alvarado, esfuerzos, luchas sacrificios y penalidades inútiles a los capitanes Alarcón y Vásquez Coronado sin haber logrado nada efectivo.

La falsa relación de un fraile iluso arrastró tras de sí a otros tantos cientos de ilusos, que con sus vidas pagaron hartos caro su ingenua credulidad.

EL PAIS DE "EL DORADO"

I

Es la leyenda de "El Dorado", una de las utopías de los Conquistadores y que iba a prolongar por mucho tiempo el reinado de la quimera geográfica, o sea la existencia del famoso situado en el país de los Omaguas, conocido como "El Dorado", y que por singular apareamiento evocaba también el país de las Amazonas.

¿En dónde estaba "El Dorado"? Uno de los exploradores de Alvar Núñez, Hernando de Ribera, avanzó desde la Asunción del Paraguay hasta los 14º 45' de latitud meridional. Ribera salió de Los Reyes en **El Golondrino**, el 20 de diciembre del 1543, y regresó el 30 de enero de 1544, contando que había sabido de un lago, situado en la espalda de una sierra, lago en donde el sol tenía su casa de oro.

Pronto se generalizó la leyenda del misterioso lago que según unos estaba situado en las orillas del río Marañón o Amazonas, o de algunos de sus afluentes o subafluentes, según otros estaba situado a orillas del

río Madeira al Oriente del país de las Amazonas, o bien en las orillas del río Casiquiare o del Esequibio

En un documento del año de 1568 relativo a Diego Fernández de Cerpa, se lee lo siguiente: "La gobernación de Cerpa que llaman Nueva Andalucía, y en lengua de indios Guayana, es desde la isla de Margarita hasta el río Marañón, que hay 300 leguas al Oriente y otras tantas Norte y Sur y la tierra adentro, e que se incluyen los indios Omaguas y Omegas, con las provincias de "El Dorado" Pero esta provincia famosa corría con la fantasía, a donde la llevaba el deseo de fortuna.

La leyenda de "El Dorado" consistía en la existencia de una región fabulosa en donde vivía un misterioso rey o cacique, quien según las referencias hechas por los indios a los españoles, andaba siempre cubierto de "oro molido", y tan menudo como la sal, porque le parece a él que traer cualquier otro atavío es menos hermoso, y que ponerse piezas o ramas de oro, labradas de mautillo o estampadas o de otra manera, es grosería y cosa común, y que otros señores o príncipes las traen cuando quieren; pero pulverizarse de oro es cosa peregrina, inusitada, nueva y más costosa, pues lo que se pone un día por la mañana, se lo quita y lava en la noche, y se echa y pierde por tierra, y esto hace todos los días del mundo. Y es hábito que andando como anda en tal forma cubierto o vestido, no le da estorbo o empacho, ni se encubre ni ofende la linda proporción de su persona y disposición natural, de que él mucho se precia, sin ponerse otro vestido ni ropa alguna. Yo quería más la escobilla de la cámara de este príncipe que no las grandes fundiciones de el Perú o que puede haber en alguna parte del mundo"

La verdad era que el Perú fué tan real como México y que la imaginación, buscando Moctezumas y Atahualpas de ensueño, creó esa ficción magnífica que condujo al perfeccionamiento de las noticias geográficas del Continente Americano.

II

El espejismo de la conquista de "El Dorado" fue desde entonces el objetivo primordial al que se dirigían los esfuerzos de los conquistadores, y cada uno quería ser el descubridor de la misteriosa casa del sol.

Pedro de Limpas, adalid de la conquista de la hoy tierra de Venezuela y que había militado en las fuerzas expedicionarias de Nicolás de Federman, era uno de los más fuertes fanáticos en la existencia de "El Dorado", y desde entonces había buscado el misterioso país. Pero Federman fue desposeído del mando al encargarse de la conquista de Venezuela Bartolomé y Ambrosio Welsler, ricos banqueros de Augsburgo y acreedores de Carlos V, y desde entonces la casa de los Belsarez como les decían los españoles, se encargaron de la conquista del país nombrando a Jorge Espira como gobernador, quien, para realizar la conquista del reino incógnito salió de Coro con cuatrocientos hombres y tres años después volvía con la cuarta parte de su gente y veinticuatro caballos; había luchado contra los indios, contra el hambre y la soledad, subió por el río Meta y vacilando entre el llano interminable y la tierra inaccesible, vió agotados los últimos recursos de que podía disponer al extremo que muchos de sus soldados cometieron actos de antropofagia. Entretanto Federman, que había quedado en

Coro, reía viendo que Espira, en su locura de buscar la tierra áurea, tomaba la ruta del Sur.

Otro de los ilusos que salieron en busca de "El Dorado" fue Ambrosio Alfinger, quien llegó hasta las soledades de la península de Goajira, exploró las orillas del lago de Maracaibo, visitó las fuentes del río Hacha, siguió hacia el Sur por los valles de Upar, que dilatados a lo lejos por fértiles vegas cubiertas de sembrados y caseríos, parecían anunciarle la tierra del rey misterioso. Alfinger cometió toda clase de barbaridades con los naturales por los países que visitó; pero un día fue atacado repentinamente por los indios, y una flecha le atravesó la garganta y murió cuatro días después.

Alfinger sin embargo creyó haber entrevisto la tierra en las cumbres nevadas de Santa Marta y las fuentes del río César y que orientándose una expedición por este rumbo sin apartarse de las vegas, a su término habrían de encontrarse ricos palacios como los de Cuzco y Anáhuac; así lo entendió Nicolás de Federman, y guiado por Pedro de Limpas emprendió otra expedición y en seguida se dirigió al río Meta, después de haber fingido en Coro que había abandonado la conquista de "El Dorado", y allí tuvo que pasar las mismas penalidades que Espira; su gente fanatizada por un hombre que parecía inmune al hambre, a la sed, a la fatiga y al desencanto, le siguió sin vacilar. Federman era un gigante por su estatura y por su voluntad, tenía el don de la teatralidad de los grandes caudillos, comía el rancho de la tropa y bebía hasta que el último de sus soldados lo había hecho; Pedro Limpas iba a la cabeza llevando sobre sus hombros el peso de una responsabilidad agobiadora. Federman atravesó la cordillera, se abrían paso entre la espesura a fuerza de hierro, las peñas las removían con instrumentos de zapa; donde no podían hacer uso de las herramientas izaban los caballos a manera de sogas para vencer las rocas verticales; caminando por una meseta vieron indios que incendiaban un pajonal con el fin de tomarlos dentro del fuego y del abismo. Pedro de Limpas hizo un contrafuego salvando el pánico de los hombres y evitando que los caballos se lanzaran al abismo; un soldado se despeñó por no luchar contra el fuego; muchos de los indios de carga se quemaron, un enfermo que iba conducido en una hamaca, fue abandonado de los cargadores y allí pereció. Tal fue el fracaso de Federman. Espira había regresado desbaratado, sin fuerzas, fue desposeído de su cargo, se le acusó de incompetencia y conoció todas las amarguras del fracaso.

Entre tanto el fraile Rodrigo de Bastidas había venido de Santo Domingo con el cargo de Obispo de la provincia de Bogotá, y se nombró capitán y teniente general de la provincia de Venezuela al alemán Felipe de Hutten, o sea el Felipe de Utre o Dutre de que hablan los cronistas españoles. Créase llamado a corregir los desaciertos geográficos de Espira, había sido compañero de éste y representó entre los expedicionarios ese papel de crítica que consiste en sustituir el fracaso real, con una victoria supuesta con datos de la fantasía. Jorge Espira había cometido un error de ruta según su censor.

Gonzalo Jiménez de Quezada había salido de Santa Marta con el designio de buscar la tierra de "El Dorado", por los mismos llanos que había explorado Federman, y excitado por el ejemplo se lanzó hacia lo desconocido. Pero Jiménez de Quezada que buscaba la "Casa del Sol", no hizo otra cosa que seguir el contorno

de la cordillera para dar vuelta a la montaña y penetrar entre los callejones donde se parten las aguas del Magdalena y el Cáqueta

Felipe de Hutten tomó una resolución que lo alejaba de todas las tentativas anteriores, buscó "El Dorado" hacia la izquierda y llegó al país de los Omaguas. La gallardía con que este mozo intrépido y crédulo hizo el avance no le compensó del necesario desencanto

Llevaba como guía y apoyo a Pedro de Limpias, el adalid que abrió la ruta de Federman por el Meta, el Cáqueta y el Magdalena

Hutten conoció todas las virtudes de sus predecesores. Personalmente conoció las de Jorge Espira, pero las suyas se intensificaron en la medida de la audacia con que varió el rumbo. Para que nada le faltase estuvo a punto de morir como había muerto Alfinger, herido durante un ataque indígena; todos le tenían por muerto. El y su compañero Arteaga habían recibido una puñalada indígena en el costado. No habiendo quien atinase a curar las llagas de los dos. Diego de Montes, madrileño, se presentó ofreciendo sus servicios. Sabía lavar heridas y entablillar los huesos. Pero la región del cuerpo interesada retraía a los remendones de carne. Montes no vaciló; había un indio viejo cansado de vivir, se le puso a caballo y se le dió una lanzada semejante a la del capitán y se procedió al estudio de la anatomía topográfica que importaba. "Terminado esto, Montes tomó sus dos enfermos y rasgándolos por las costillas, les hizo cierto lavatorio y meciéndoles de una a otra parte, según se suele hacer con los odres para lavarlos, fueron limpios y en breve sanos".

Todo marchaba desatinadamente, era preciso retroceder. Hutten y Pedro de Limpias riñeron. Hutten apoyado únicamente en su compatriota Bartolomé Welsar, fue despiadadamente perseguido y no pudo pensar ya en el anhelado regreso al país entrevistado, que se perdió para siempre entre sombras de misterio y de tragedia. Bastidas había dejado el puesto a Juan de Carvajal, escribano lleno de ardides y de mañas. Después de una sucesión de intrigas y de embrollos, Hutten y su compatriota quedaron prisioneros de Carvajal en Tucuyo, y fueron decapitados con bárbara crueldad.

La corte de Castilla nombró como gobernador a Juan Pérez de Tolosa, quien llegó a Venezuela y ahorcó a Carvajal, en la misma ceiba en que éste hizo sus ejecuciones

III

El famoso país de "El Dorado" nació de la imaginación calenturienta de los hispanoamericanos, pues aquella región no existía y viendo las novedades que a diario advertían, no tuvieron empacho en admitir lo sobrenatural y maravilloso. Las relaciones fantásticas que Pedro de Limpias había dicho que aquel rey todas las mañanas se hacía cubrir de oro en polvo el cuerpo, el que se fijaba con resina y por las noches se bañaba, era poseedor de grandes riquezas y por encontrar ese país soñado fueron los afanes de tantos conquistadores, habiendo caído en la cuenta hasta el Obispo de Coro, Rodrigo de Bastidas que expedicionó por encontrarlo

Hernán Pérez de Quezada, hermano del conquistador de Bogotá, y otros varios oficiales españoles, emprendieron también la ilusoria conquista de "El Dorado". Esta ilusión, dice Humboldt, "era un fantasma que pa-

recía huir de los españoles y que no cesaba de llamarlos". Tan penosas expediciones se continuaron repitiendo durante medio siglo; tan arraigada estaba en los españoles la existencia de "El Dorado" y tal era su apego a lo maravilloso.

Benalcázar buscó "El Dorado" en una hoyuela de Cundinamarca; los conquistadores de Bogotá extendían la mirada hacia el Sogamoso; los compañeros de Alvar Nuñez, subiendo por el Alto Paraguay, vieron señales indecisas que ya parecían indicarles el lago Titicaca, ya la selva amazónica; Gonzalo Pizarro, el más temerario de los exploradores del Nuevo Mundo, se lanzó en su busca. Orellana afirmaba haber pasado junto a "El Dorado". Espira aseguraba que lo había descubierto Hernán Pérez de Quezada, pretendió asir con las manos aquel fantasma geográfico

El Marqués de Cañete, Virrey del Perú, envió por Huánuco a Gómez de Arias y a Juan de Salinas: los dos volvieron desbaratados; después eligió a Pedro de Urzúa, a quien improvisó una flotilla y entró en la boca del Amazonas. Urzúa no tuvo tiempo de desengañarse, pues murió a manos de conspiradores, en un punto no lejano de la confluencia del Putumayo

EL PAIS DE LAS AMAZONAS

La leyenda de "El Dorado" por un singular apareamiento evocaba también el país de las Amazonas, pues se decía que aquel país estaba situado al Oeste de Madeira o al Oriente del país de las Amazonas. Este último país se afirmaba que estaba situado en el Casiquiare o entre los ríos Magdalena y Cauca

De las mujeres Amazonas se supo y se habló por primera vez, cuando de ellas habló Francisco Orellana. Después todo el mundo desde el Paraguay hasta el Atrato, desde Santa Marta a la Guayana, todos afirmaron haberlas visto. También los compañeros de Colón aseguraron haberlas visto en las islas Caribes. Conquistada la provincia de Quito por Benalcázar, como teniente de Pizarro, éste envió a su hermano Gonzalo para que tomase el mando. Pero Gonzalo Pizarro no pudo permanecer en Quito, pues empezó a sentir la seducción de un país misterioso, "el país de la canela", rico no sólo en especies, sino en oro, y formando una expedición muy bien organizada, de 350 españoles y cerca de 4 400 indios, salió a su exploración el 31 de diciembre de 1538

En las orillas del Coco, Pizarro comisionó a Francisco Orellana para que practicara un reconocimiento fluvial con 50 hombres. Orellana descubrió el río Napo a fines de 1540 y llevado por la tentación de una conquista independiente, siguió adelante con algunos de los que quisieron seguirle. Entró en las aguas del gigantesco río Marañón, como lo llamaban los naturales, y en siete meses recorrió la extensión enorme que lo separaba de la desembocadura. Una serie de prodigios lo salvó de los peligros de la navegación, del clima, del hambre y de los indígenas. Cuando llegó al Atlántico siguió en su bergantín hasta el Delta del Orinoco y los demás expedicionarios que habían seguido por tierra a las órdenes de Pizarro, llegaban a Comagua a bordo de un bergantín construido en el Alto Amazonas. Pizarro emprendió una desastrosa retirada, y entró en Qui-

to con un tercio de la gente que lo acompañaba al marchar

Francisco Orellana fue el primero que navegó el gran río llamado por los naturales Marañón, en una extensión de 1,400 leguas hasta su desembocadura en el Atlántico. Habiendo dicho el explorador que en sus márgenes encontró varias tribus de mujeres guerreras, llamó entonces río de las Amazonas que hasta la fecha ha subsistido; lo más admirable de la expedición de Orellana es que hizo la exploración sin brújula y sin recursos bastantes y de allí se dirigió hasta España. Orellana solicitó de la corte una capitulación, y salió para el Amazonas, embarcándose el 11 de mayo de 1544 en Sanlúcar de Barrameda, con cuatro naves y 400 hombres. Su expedición fue una de las más desgraciadas: muchos de sus compañeros murieron en la travesía a consecuencia de las tempestades: el jefe pereció miserablemente en Montealegre, después de haber perdido hasta la última de sus carabelas.

Gonzalo Pizarro, atraído por las relaciones de Orellana, atravesó montañas escarpadas, selvas inmensas, pantanos pestíferos, torrentes bramadores. No lo detuvieron calores ecuatoriales, ni cedió ante el frío de la cordillera. La perseverancia de Pizarro fue digna de su nombre, pues hizo frente con ejemplar decisión a las dificultades de la naturaleza y a la resistencia de las tribus bárbaras. Gonzalo de Pizarro que fue uno de los que con más empeño buscaron el país de las Amazonas, merece figurar entre los atrevidos exploradores de la América; pero él y sus hermanos aparecen empequeñecidos por haber sido eclipsados por la gloria del conquistador del Perú.

Siguieron los expedicionarios la corriente del río Coca y reconociendo gran número de ríos de la vertiente oriental, iniciaron la exploración geográfica de la región andina. Hizo Gonzalo construir un buque para el transporte de los enfermos y de los equipajes. Los bosques le ofrecían maderas abundantes; a falta de alquitrán utilizó las resinas de los árboles; no teniendo estopa se sirvió de las vestiduras desgarradas; las herraduras de los caballos muertos sirvieron para hacer clavos. Gonzalo Pizarro continuó su marcha por la ribera del Coca hasta su unión con el Napo, donde encontró a Sánchez Vargas, quien había sido abandonado por Orellana. La expedición de Gonzalo Pizarro duró dos años y medio, entrando de vuelta en Quito con los restos de su expedición; en ella perdió 200 españoles y 3,000 indios, que murieron de hambre o devorados por las alimañas, los reptiles y las fieras. Los restantes parecían espectros, volvían descalzos, heridos, envueltos en pieles de fieras americanas. Tales fueron los descalabros de los que se dirigieron en busca del misterioso país de las Amazonas, nombre con el cual se bautizó uno de los ríos más caudalosos de la tierra.

II

Las expediciones a la Gobernación de Omagua en busca de "El Dorado" tienen relación estrecha con el país de las Amazonas, pues según la geografía ambas regiones eran colindantes.

Lope de Aguirre, hizo una expedición desde el Perú hasta Barquisimeto, por el Amazonas, la isla de la Mar-

garita y la costa de la Burburata, es una proeza geográfica del mayor interés para la historia de los descubrimientos.

Muerto Ursúa, uno de los que buscaban "El Dorado" y el país de las Amazonas, la banda de conspiradores eligió general a Fernando de Guzmán, como Príncipe del Perú y tierra firme. La expedición continuó como empresa política de rebelión. Lope de Aguirre era el alma de la rebelión, ocupaba el puesto de maestro de campo de Su Majestad Fernando; pero temiendo él un despotismo más irritante que el de Felipe II, se alzó contra Guzmán. Aguirre no se declaró Rey.

Sin otro título que el de rebelde, nombró nuevos capitanes para salir al Atlántico y emprender una campaña contra los Oidores que eran su obsesión, porque tiranizaban a los ángeles de la conquista, pero los nuevos subalternos se volvieron contra Aguirre "y yo los ahorqué a todos", dice tranquilamente el representante de la justicia violada por las leyes de Indias.

Lope de Aguirre se reía de la fábula de "El Dorado" y del país de las Amazonas. "Dígame rey y señor, escribía en una carta a Felipe II, no proveas, ni consientas que se haga ninguna armada para este río tan mal afortunado, porque en fe de cristiano te juro, rey y señor, que si vinieron cien mil hombres, ninguno escape, porque la relación que otros dan es falsa, y no hay en el río otra cosa sino desesperar, especialmente para los chapetones de España".

En diez meses y medio, los individuos de la trágica expedición caminaron cien jornadas justas, según las relaciones, y anduvieron mil quinientas leguas. Lope de Aguirre navegó hasta la boca del Marañón, y subiendo por el Río Negro llegó hasta el Orinoco.

García de Paredes se aproximaba para prender al rebelde; Aguirre, abandonado de los suyos antes de rendirse, mató a su hija doncella de quince años; fué Aguirre arcabuceado desde lejos; así murió aquel hombre, en quien se ha visto un mártir de una idea política.

Aguirre, habiéndose arruinado como encomendero, salió a la busca de tierras desconocidas para remediar-se de su mala situación, ya sea en "El Dorado" o en el país de las Amazonas, de las mujeres guerreras, en donde debía de haber abundancia de riquezas; pero dándose cuenta del fracaso de la expedición, se hizo refractario a la creencia de países fabulosos, concibió entonces la trama de la rebelión, acaso con poca esperanza, pero con un exceso admirable de resolución para no dar fin a su temerario empeño sin llevar la experiencia hasta el último término de lo posible. Tuvo la satisfacción de llamarse rebelde, aunque hijo de fieles vasallos en tierra vascongada. El y sus doscientos compañeros, llevando el cuerpo acribillado a contusiones, predicaban la insurrección en contra de Felipe II, porque el rey era ingrato, cruel, quebrantador de su palabra.

III

Después de tantos fracasos, el fabuloso país de las Amazonas, que había visto Francisco Orellana, no se encontró nunca.

Francisco de Ribera, capitán de Alvar Núñez, había salido para explorar el Noroeste de la región del Plata;

avanzó entre la maleza setenta leguas en veintiún días de marcha, vió una casa cuyos moradores tenían planchas, hachuelas y brazaletes de plata Interrogando a los indios tarapecocies de la comarca, cómo llegaba aquel metal, dijeron que los payzunoos se los daban a trueque y que éstos lo adquirirían a su vez de los chaneses, chimenoos, caracaraes y candiies Hernando de Ribera se internó con su ejército, y éste hablaba de las Amazonas Los indios le llevaron plumas a manera de las del Perú y planchas de metal. Todos estos indios sin discipar le dijeron que a diez jornadas de allí, a la banda del Oestenoroeste, habitaban y tenían muy grandes pueblos unas mujeres que tenían mucho metal blanco y amarillo, y que los asientos y servicios de su casa eran todos de dichos metales, y que tenían por su principal una mujer de la misma generación, y que es gente de guerra y temida de las generaciones de los indios; y antes de llegar a la generación de dichas mujeres, estaba una generación de indios, que es gente muy pequeña; con los cuales y con la generación de éstos pelean las dichas mujeres, les hacen la guerra, y que en cierto tiempo se juntan con estos indios comarcanos y tienen con ellos su comunicación carnal Y si las mujeres que quedan preñadas paren hijas, se las llevan consigo y los hijos se los devuelven a los padres Que cerca del lugar en donde habitaban dichas mujeres había grandes poblaciones de indios que con ellas colindaban y que había un gran lago de agua muy grande que los indios denominaban la casa del sol, porque allí se encerraba el astro rey Las mujeres guerrieras habitaban entre las espaldas de Santa Marta y el lago de agua grande Y pasadas las mujeres, había una población de negros con barbas aguileñas como los moros Había otras gentes vestidas y con mucho metal blanco y amarillo, en tanta cantidad que ollas y tinajas estaban hechas de estos metales. Tenían pueblos muy grandes de piedra y de tierra, que estaban entre las sierras de Santa Marta y el Maraión, estos pueblos eran tan grandes que en un día no se podía cruzar de un extremo al otro Pero lo más extraordinario era el lago del Oeste, notable por su extensión, pues no se podía ver tierra de una orilla a la otra, y por las poblaciones ribereñas de gentes vestidas de ropas bordadas, poseedoras de metales, piedras y objetos que relumbraban mucho

Otras poblaciones que estaban hacia el Sudoeste, criaban mucho ganado de grandes ovejas, que empleaban para cargar y para rozas y labranzas Había allí desierto de arenales sin agua, y en estos arenales vivía gente de cristianos Todavía más allá, en el agua salada había navíos muy grandes Eran los exploradores del Pacífico y los conquistadores del Perú, cuya presencia se revelaba a los españoles del Paraguay, por las vagas noticias comunicadas a través de la selva en lengua indígena guaraní que hablaba Hernando de Ribera

LA META FABULOSA DE ORDAZ

I

Esta meta fabulosa fué otra de las tantas obsesiones que preocupó la imaginación de aquellos formidables conquistadores, capaces de vencer a la naturaleza misma

Diez años antes de firmadas las capitulaciones con Pizarro para realizar la conquista del Perú, la corona concedía a Diego de Ordaz, uno de los victoriosos capi-

tanés que se había distinguido en la conquista de Nueva España, permiso para que descubriese y poblase desde el término de Venezuela hasta el río Maraión, tierra decía el título que se tenía por muy rica Ordaz armó cinco embarcaciones, y salió con ellas de Sanlúcar de Barrameda, hacia la boca del Orinoco, río llamado Uriapari por los españoles, que habían ido hasta su cuenca desde Comagua, guiados por el piloto Juan Bairío de Queixo, tomando otros nombres como el de Uriapari, Yuyupari, Viapari, del que le daban los caribes; prevaleciendo el de Orinoco, nombre con que lo conocían los tamanacos

Diego de Ordaz salió de Paria y en cuatro días remontó las 45 leguas que el conquistador calculaba hasta el afamado pueito de Uriapari "Después vimos toda aquella tierra en dos meses, y hecho que fué en Uriapari cierto navío para subir caballos el río arriba, nos partimos con 200 hombres y 18 caballos en demanda de buena tierra, según los indios nos decían, donde se anduvieron por el río arriba 200 leguas largas, hasta donde no pudimos pasar por que el río nos atajó con peñas". Así informaba el tesorero Jerónimo Dortal, con fecha 6 de julio de 1532 Y la Audiencia de Santo Domingo decía en mayo del mismo año, con una expresión casi idéntica a la de Dortal: "que no se halló tierra para poblar" Agregaba la Audiencia que "casi toda la gente quedó en el río muerta y parecida de hambre y enfermedades" fuera de los que "se habían ido prefiriendo quedar perdidos entre indios" Era anticipadamente la historia de Gonzalo Pizarro que diez años después perdía 200 hombres en las espesuras desesperantes de la selva tropical Y era la historia de muchos que iban a fracasar en la empresa de buscar paraísos imaginarios

Muerto Ordaz durante un viaje a España, siguieron Jerónimo Dortal y Alonso de Herrera El primero concluyó por desesperarse y se retiró decepcionado a vivir tranquilamente en la Española Herrera llegó a la boca del Meta y navegó en este río hasta donde ya no encontró agua suficiente para navegar. Dortal había intentado entrar en la cuenca del Meta por el Neverí, pues por el río Aviapari no hubo lugar Todos se dirigían hacia el Meta Sedeño, que gobernaba y peleaba en la isla de la Trinidad, juntó gente en Canarias y emprendió la conquista de la provincia del Meta, disputándola a Dortal

Algunos capitanes alemanes servidores de la casa de los Welser, a quienes se encomendó la conquista de Venezuela, buscaban también un paso a la provincia fabulosa Uno tras de otro iban entrando sin encontrar aquello que buscaban

En un movimiento convergente, los exploradores del Orinoco, los de la Vela, de Coro y los de Santa Marta lograron subir finalmente la zona en donde nace el Meta, sin hallar la provincia fabulosa

Los que mayor constancia habían puesto en la empresa habían sido los de Santa Marta Desde Pedrarias y Rodrigo de Bastidas la fascinación de las tierras interiores había dominado a Pedro de Badillo, Rodrigo Alvarez Palomino, García de Lerma y el Adelantado Pedro de Lugo Durante veinte años se hicieron tentativas de penetración, hasta que en 1533 determinó Lugo hacer una jornada caminando hacia Quito, en la cual entró como teniente y capitán general el licenciado Gonzalo Jiménez de Quezada, que de España llevó como su teniente Jiménez de Quezada remontando el río Magda-

lena con 500 hombres en barcos y por tierra, llegó hasta Bogotá perdiendo en el camino la mayor parte de su gente, cuando los expedicionarios acampaban en el valle de la futura capital vieron que a la vez llegaba un ejército conducido desde Quito por Sebastián de Benalcázar y otro salido desde Coro a las órdenes de Federmann. No sabían como explicarse la presencia de tantos españoles que buscaban países fabulosos. Pero luego se supo como los de Benalcázar eran gente del Perú y los de Nicolás de Federmann gente de Venezuela que había salido de Cubagua, los cuales venían tan fatigados, por las largas distancias y tierras escarpadas, cruzando páramos despoblados y fríos.

II

Hubo un momento, pues, en que los que habían salido de Panamá al Perú, de Perú a Quito y de Quito a Bogotá, se encontraron con los de Santa Marta, Coro y Cubagua.

Todos estos ejércitos se juntaron en un triángulo de seis leguas, sabiendo los unos de los otros, cosa que el rey de España y todos los que lo supieron lo tuvieron por maravilla; juntarse tres ejércitos yendo de tres gobernaciones distintas, Perú, Venezuela y Nueva Granada.

Sin embargo, reunidos los tres conquistadores tardaron mucho en entenderse, poco faltó que vinieran a las manos. Federmann cedió en parte sus pretensiones y mediante algún dinero cedió su gente a Quezada; entonces Benalcázar, viéndose inferior en fuerzas a Quezada, renunció a combatir y pidió permiso para cruzar aquella tierra; Quezada se lo negó. El capitán Juan Cabrera, emisario de Benalcázar, dijo con altivez que de todos modos pasarían; "lo impediré a lanzazos", contestó Quezada; y Cabrera replicó: "pues tened entendido que no los daréis por la espalda". Merced a la intervención de algunos frailes se pudo llegar a una conclusión, terminando así aquella acción melodramática.

Más tarde, Antonio Berrio, heredero de Jiménez de Quezada, penetró a la Guayana en busca de la Meta fabulosa, a quien se había concedido una capitulación para efectuarla, pasó mucho tiempo explorando sus montañas y desiertos, sin llegar a formar asiento. Más tarde llegó una expedición al mando de Roberto Dubley, la que ocupó la isla de Trinidad. Tras del inglés Dubley llegó sir Walter Raleigh, quien penetró hasta el Orinoco, prendió a Berrio; pero Walter se fué y Berrio recobró la libertad, fundando la ciudad de Santo Tomé. Por este tiempo penetraron buques franceses en el Orinoco, comerciando con los naturales y vendiéndoles tabaco. Más tarde, volvió Walter al Orinoco al frente de una formidable expedición, la cual fracasó, siendo más tarde sometido a juicio y encerrado en una torre en donde entregó la cabeza al verdugo.

Guayana y la isla de la Trinidad entraron a formar parte del reino de Bogotá; pero la Meta fabulosa de Ordaz no se encontró nunca.

III

El doradismo llevó a esta parte del Nuevo Mundo algunos de sus brillantes capitanes; gran parte de la historia de Venezuela, tiene más de lucha contra las incógnitas de la geografía y contra las sorpresas de los indios defensores del mundo encantado, que contra las

dificultades inherentes los planes de colonización; después se despertó el doradismo pirático extranjero.

Pedro de Acosta pretendió establecerse en el Delta del Orinoco. La expedición de Ordaz, antiguo compañero de Cortés y descubridor del volcán Popocatepetl, fué un reclamo gigantesco.

Fr Gregorio de Beteta hablaba de establecer un asiento en las riberas del Orinoco, el padre Sala se aventuró al interior del país que había costado la vida a Herrera, Sedeño y Ordaz.

Diego Fernández de Ceipa pretendió cerrar la era de los precursores temerarios y abrir la de los fundadores; pero los naturales lo mataron en un encuentro.

Antonio Berrio fué el más perseverante de los exploradores que buscaba con afán "El Dorado" o la Meta fabulosa de Ordaz, rica en metales y piedras preciosas. Es cosa de admiración ver a un hombre que llevaba quince años de fatigas, con gastos fuertes, leyendo el libro de un Juan Martínez, titulado Relaciones, quien cautivo de los indios describía las riquezas de la Guayana. Juan Martínez, real o supuesto, pasaba por haber entrado en la tierra con Pedro Malaver de Silva, quien había fracasado en su expedición al país de los Omaguas. La novelesca Relación de Martínez, fué una maniobra empleada por Domingo de Vera, el maestro de Campo de la expedición, para enardecer a su jefe Antonio Berrio. Domingo de Vera, hombre de temperamento literario y teatral y sutil en el arte de mover los resortes del corazón humano, inventó aquella relación y para darle visos de certeza, la realza con la fábula de libro, hecha por el supuesto Martínez a su confesor en artículo de muerte. La Relación produjo el efecto que se proponía el autor. "Los Guayanos, decía Martínez, son muy opuestos al licor y exceden en ello a todo otro pueblo. En sus fiestas, cuando el Emperador brinda con sus capitanes y tributarios, entran los criados y untan el cuerpo de éstos con un bálsamo que llaman Curcay, y luego soplan sobre de ellos oro en polvo por medio de cañas huecas, hasta que quedan brillantes de pies a cabeza. Y así adornados, se sientan y beben, por cinco o seis días seguidos. Y por haber visto esto, y por la abundancia de oro que ví en la ciudad, las imágenes de oro en los templos, las planchas, armaduras y escudos que usan en sus guerras, llamé aquella región "El Dorado".

La gente de Nueva Granada con la noticia de aquellas relaciones comenzó a bajar para ponerse a las órdenes de Berrio.

Roberto Dubley, que se había incautado los papeles del explorador castellano, mandó una partida de expedicionarios a explorar el Orinoco y sus emisarios regresaron contando maravillas, el rey de los guaraunos les había ofrecido una piragua llena de oro, la que ya no tuvo efecto por la oposición de los guerreros de Uracoa.

Sir Walter Raleigh, escribió un libro "Descubrimiento de Guayana", obra de observación y de fantasía, en el que describe un país en donde pudieran encontrar las ciudades más bellas del Universo, con templos y santuarios llenos de ídolos resplandecientes, con sepulturas cuyos tesoros excedían a los de México o del Perú, con parques a la inglesa y con extrañas variedades, y concluía afirmando, haciéndose profeta, que la conquista de la Guayana, destinada a la nación inglesa, eclipsaría cuantas habían hecho los españoles.

Muchas otras tentativas hubo, pero las fantásticas relaciones del supuesto Martínez, no se vieron en la realidad nunca y la Meta fabulosa que había entrevistado audaz, siguió siendo ignorada

EL PAIS DE LOS CESARES Y EL REY BLANCO

I

Otra de las utopías que alucinó el cerebro de los conquistadores fué la subyugación de los dominios del Rey Blanco y la tierra de los Césares, en donde existía la célebre "Sierra de Plata"

Juan Díaz de Solís, había sido el iniciador de los descubrimientos geográficos en la parte austral del Continente y los cronistas lo señalan como descubridor del río de la Plata, a quien puso este nombre como dice el historiador Gómea, porque "vido en él muestra de plata y nombrole della". Solís, como es bien sabido, habiendo desembarcado en tierra, creyendo que los indios charruás eran de buena índole como los guaraníes, y desembarcó en tierra sin tomar las debidas precauciones habiendo sido muerto por los naturales en unión de cincuenta españoles más, aquel hecho causó tanto horror que por diez años se abandonó la empresa de sojuzgar aquellos lugares

Tiempos después, Sebastián Gaboto, que se dirigía a las Molucas, llegó al río de Solís, y al cabo, de San Agustín, el ilustre navegante veneciano tenía el propósito de explorar el río de Solís halagado por las riquezas enormes que se decía había en el interior del país y fué tentado por el deseo de las riquezas. En la isla de Santa Catalina encontró a varios de los compañeros de Solís que se habían quedado perdidos, imposibilitados de continuar su viaje. Encontró también a quince tripulantes que se habían desertado de la nao de San Gabriel, de la expedición de Jofre de Loaiza, ilusionados por las enloquecedoras relaciones que se hacían de la infinitas riquezas encontradas en la parte abrupta de la sierra interior

Los soldados Melchor Ramírez y Enríquez Montes referían que, en efecto, cuando ellos y sus camaradas se habían resuelto a interrumpir su viaje a España, tuvieron conocimiento de la existencia de un país cuya conquista emprendieron cinco audaces, capitaneados por el portugués Alejo García, quien llegó hasta los dominios del Rey Blanco y trajo despojos de ropa, vestidos, muchos vasos, vasijas y coronas de plata. La expedición de Alejo García había sido una de las más singulares, por cuanto presenta el caso de un conquistador europeo que se arroja a una empresa atrevida contando con medios exclusivamente indígenas, Ramírez y Montes refirieron a Caboto que Alejo García, partió de Santa Catalina, que cruzó el gran río y estuvo en la Sierra de Plata. La ruta fué la de alto Paraguay. Alejo García y sus compañeros llevaban un ejército de millares de indios, con los que atravesaron el Charco y llegaron a Chuquisaca. Los indios charcas hicieron resistencia a los guaraníes y chaneses de García, y éste tuvo que emprender la retirada tan en buen orden, que él y sus indios salieron de la tierra sin recibir daño alguno. Alejo García envió algunas muestras de metal a los que habían quedado en Santa Catalina; pero la masa del tesoro desapareció, pues los expedicionarios europeos fueron atacados por los indios. Después sólo se hablaba del hombre semifabuloso, por la magnitud inverosí-

mil de sus proezas; pero real por haberse comprobado que efectivamente hizo el viaje de Santa Catalina al Paraguay, que estuvo en los dominios del Rey Blanco y que regresó llegando hasta un sitio distante más o menos doscientos kilómetros de la Asunción, donde fué muerto después de cruzar dos veces el gran Chaco

II

Los reyes expiden cédulas para que sean reducidos los indios de las pampas, serranos, patagones o césares Linlín, Eleín, Yangulo, Trapalanda, todo es lo mismo, todo ello es la tierra de los Césares, muy rica de oro y gente, es la provincia situada al Oriente del Andes y al Oeste del lago fantástico, es la frontera con poblaciones en que se oyen campanas. Es el país visitado por el Padre Jerónimo de Montemayor en 1662. Pero cuando termina el siglo XVII, la Tierra de los Césares ya no está habitada por los pueblos de la laguna de Pegegue. El siglo XVIII v aformando allí con la imaginación, una fabulosa ciudad española, cuyos pobladores aislados del mundo entero, habitan los reales palacios de su Bagdad, surgida en el desierto, sin querer compartir con los otros españoles, las riquezas encontradas casualmente en una de las expediciones. Para otros la supuesta ciudad era un establecimiento inglés. Y oficialmente iban a buscarlo de parte de las autoridades

Caboto vió las muestras del metal enviado por García, había entre ellas, cuentas de oro y plata. Melchor Ramírez y Enrique Montes aseguraban que los dominios del Rey Blanco darían metales en tal cantidad que sería posible cargar las naves de oro y plata. Caboto tenía puestas las miradas en el Río de Solís, y creyó que debía de realizar la conquista de los dominios del Rey Blanco, el maestre de la Trinidad se oponía con gran audacia; pero Caboto no cedió y prosiguiendo su marcha, dejó a Rojas en Santa Catalina y dos de los expedicionarios. Ya no quería que se le hablara de sus capitulaciones para hacer el viaje a las Molucas, de las otras tierras de Tarsis y de Ofir, el Catay y el Cipango, el rey se persuadiría que era mayor servicio, continuar la obra interrumpida de Solís y no reanudada por desconocimiento de la obra de García.

Caboto llegó al "Río de Solís" y empezó sus exploraciones por la Banda Oriental, allí encontró a Francisco del Puerto, que había acompañado a Solís en su funesto desembarco, quien le confirmó las noticias que le habían dado los españoles de Santa Catalina. Caboto dispuso dos expediciones: una que remontaría por el río Uruguay, confiada a Juan Alvarez Ramón y la otra para el río Paraná, para llegar al río de Calcarañá, que según los datos comunicados a Caboto, se desprendía de las sierras de oro y plata. Los indios albeguas, cacacraes y timbués le informaban que no era el Calcarañá, el que debía de seguirse, sino que el Paraná y el Paraguay para llegar a la Sierra de Plata y a la Mar del Sur.

III

Aparte de las dos exploraciones fluviales, Caboto, meditando en las noticias de los indígenas envió por tierra tres grupos de exploradores para que fuesen directamente a la Sierra de la Plata. Todo era misterio en esta aventura, se decía que el jefe de una de estas expediciones, llamado el Capitán César. La leyenda sobre-

vivió a Caboto, y como todas las leyendas, deformó los ratos primitivos en que se fundaba. El Capitán César había estado en el Cuzco y se había entrevistado con Pizarro; pero no tardó en desaparecer este imaginario incidente y la tierra de los Césares quedó situada en los términos vagos de la Patagonia, en la provincia de Cuyo; la tierra de Elelín está situada en la falda de los Andes, al Oeste de un lago, de márgenes muy pobladas de indios y en las ciudades ribereñas se oía el toque de campana. Caboto volvió después decepcionado a España. Fernández de Oviedo, condenaba a Caboto diciendo que "no había hecho sino codiciar lo que no halló y desear lo que no vió".

En el muelle de la Torre de Oro se había hacinado el tesoro de Cajamarca. Ahora bien, se preguntaban, ¿ese Cuzco maravilloso, no sería la misma Sierra de Plata que vió Alejo García? De nuevo volverían las aventuras de Solís y de Caboto para buscar en el Mar del Agua Dulce, los dominios del Rey Blanco y la Tierra de los Césares.

La agitación producida por el descubrimiento del Perú en 1534, solicitaba la atención de los exploradores hacia el río de la Plata, camino indicado por Alejo García, y apremiantes fueron las decisiones que hubo de adoptar la corona en vista de las continuas demandas.

En 1535 salió de Sanlúcar de Barrameda rumbo al río de la Plata, el Adelantado don Pedro de Mendoza, siendo uno de sus capitanes Juan de Ayolas. Aquella expedición fué acosada por el hambre y la fatiga y después de la fundación del Puerto de Corpus Christi, muchos pensaban en la desertión, animados por Jerónimo Romero, uno de los que habían visitado la tierra de los Césares y que acababa de presentarse en el fuerte. Romero no les hablaba solamente de tesoros, sino de la vida feliz de los salvajes, tentación irresistible para los desencantados españoles que hacían su ilusión suprema los encantos de la cabaña indígena.

Una de las primeras obligaciones impuestas a Mendoza, era llegar al cerro de Plata. No lo intentó siquiera; el indicado era el valeroso Capitán Juan de Ayolas, uno de los capitanes más valerosos de la conquista, quien salió para reanudar las exploraciones de Caboto. Este, con tres embarcaciones y 160 hombres, inició la navegación en busca del cerro y país de la plata. Se le había dicho que el Capitán César había sido despachado por Caboto en busca de la Sierra de Plata. Empezó el camino por tierra, apartándose de la vía fluvial, y volvió con siete hombres de los que le acompañaban, se decía que César había visto grandes riquezas de oro y plata y piedras preciosas. La leyenda tuvo una derivación, los del río de la Plata sentían el anhelo de la tierra de los Césares, buscándola en la inexplorada Patagonia.

Juan de Ayolas, después de tres meses y de luchar contra los ríos caudalosos, las tempestades y la resistencia indígena, llegó hasta el punto que denominó Candelaria, en el ángulo de la actual frontera del Brazil con Bolivia; regresó a Candelaria con veinte cargas de oro y plata, después fué atacado y murió a manos de los paraguayes, salvándose únicamente un niño indígena.

A Ayolas substituyó Domingo Martínez de Irala, quien hizo otra expedición para llegar a la sierra codiciada.

La Corte de Castilla nombró Adelantado a Alvar Núñez Cabeza de Vaca, quien luego organizó expediciones de reconocimiento por mar y por tierra y se propuso seguir las huellas de Ayolas; pero la expedición así como la de Irala no tuvo éxito y en la Asunción se le rebelaron los subalternos y lo hicieron prisionero, quedando como jefe Irala; pero las insurrecciones de los indios aplazaron por entonces la conquista de la Sierra de Plata y el país de los Césares.

IV

Irala más tarde abandonó Buenos Aires y bajo un sólo cuerpo de conquistadores, se dirigió en busca de los dominios del Rey Blanco, en donde estaba la sierra apetecida. Nuño de Chávez hizo una correría saliendo de San Fernando y remontando el río Pilcomayo. El gran problema era encontrar un sendero que condujera a la sierra. Irala llegó por fin a la "Sierra del metal", le recibieron indios que hablaban español inmóviles se quedaron los conquistadores. Requeridos los naturales para que dijese qué tierra era aquella y a quien pertenecía, dijeron que era Chuquisaca y un caballero de España, Pedro Anzures su propietario: "¿Quiénes sois vosotros, preguntó Irala, y qué nación es la vuestra?" Indios somos del Perú, respondieron, cuyo señor es Viracocha, glorioso fundador de Chuquisaca."

Domingo Martínez de Irala permaneció varios días esperando las órdenes del Licenciado Pedro de la Gasca, a quien escribió. Martínez de Irala no se inquietó por la ocupación de la Sierra por otros españoles, pues la noticia que tenía adelante la vía del Norte fué para él grande, y él esperaba haber encontrado en estas regiones grandes riquezas, gran señor yuntuosas poblaciones, según lo que se platicaba en el Perú, Santa Marta, Cartagena y Venezuela; es decir, encontrar el territorio de "El Dorado", y creyó que si no había encontrado la codiciada sierra, era por no haber dado con el camino verdadero.

El resultado de la expedición a la Sierra de Plata fué el de concentrar la atención de los colonos de la Asunción en los intereses del territorio que denominaban a lo largo de la extensa vía fluvial, los fundadores del Paraguay volvieron la vista al Perú y los de este país bajarían a las riberas platenses.

El Virrey don Nicolás Arredonde decía, en 1790, que el cacique Calpisquis aseguraba la existencia de la ciudad de los Césares, tal vez porque este cacique haya visto algún establecimiento de extranjeros en las costas. Los jesuitas por su parte habían hecho expediciones y tentativas de evangelización en busca de la anhelada tierra. El padre italiano Nicolás Mascardi fué martirizado en el Sur a principios del siglo XVIII, en 1745 se efectuó la expedición del padre Cardiel. Los religiosos de la Compañía de Jesús se internaban hacia el Sur, con el fin de ver si por la comunicación con otras naciones, se hallaba tierra adentro y se podía encontrar con la nación patagonesa o de los Césares, hasta el estrecho de Magallanes.